

promiso de más alto valor con relación a las reformas que estamos votando favorablemente.

El señor DURAN.—Señor Presidente, yo no sé si tengo mala suerte, pero la verdad es que nunca logro hacerme entender por el Honorable señor Gumucio; o es que a él, en razón de una muy vieja amistad, le agrada repetir la idea de que “quien te quiere te aporrea”. . . Lo cierto es que cada vez que emito un juicio claro, él lo interpreta a su propia manera, de modo que resulta prácticamente contrario a lo que he dicho.

No he sostenido más que dos cosas. He afirmado que las denuncias con relación a reiterados actos contrarios a la convivencia democrática deben denunciarse y que cumplen su deber quienes así lo hacen. No he criticado el que esas denuncias se formulen. He criticado —Su Señoría tiene que entenderlo muy bien— el que se confunda a la opinión pública y, en lugar de señalar con criterio claro, específico y varonil, quiénes son sus autores, se tejan, cual mantos de vaguedades, fórmulas que permiten las más encontradas interpretaciones.

Dije otra cosa, distinguido colega. Y hago votos por que a Su Señoría no le ocurra lo mismo que a mí.

El señor Senador cree que cada uno de nosotros tiene posibilidad de defenderse en el diario “El Mercurio”, en “La Segunda”, en “Las Últimas Noticias” o en otros periódicos. Lo dijo por vía de ejemplo, pero, indudablemente, con algunas inteligencias o alcances políticos.

Yo me defendí, no sólo en el primero de esos diarios, sino en todos ellos. Pero lo que destacué fue otra cosa: que mientras esos rotativos publican una vez la rectificación a la infamia, otro conjunto de radios, diarios y canales de televisión insisten pertinaz, infame y majaderamente en ignorar los datos que uno da. De esta manera se produce la desinformación.

Eso es cuanto expresé, Honorable colega.

Reitero: gozo, junto con su amistad y afecto —que retribuyo con creces— del extraño privilegio de no darme a entender de Su Señoría. Lo lamento; créame, Honorable colega.

Sin embargo, cuando el señor Senador intervino para señalar un hecho grave, no creí ver en su lenguaje el propósito, ni aun por la vía indirecta, de justificar las campañas de que alguno de nosotros ha sido víctima, como el Senador que habla. Su Señoría sabe muy bien que ni por temperamento ni por tradición he tenido jamás una actitud contraria a mi raigambre democrática.

No deseo ahondar en la diferencia que ha surgido hoy, porque estimo muy poco cordial y elegante aprovechar el fundamento de voto, durante el cual no cabe conceder interrupciones que permitan al señor Senador contestar las expresiones que yo pudiera emitir, formular observaciones reñidas con un limpio y deportivo juego político.

Voto favorablemente la reforma constitucional.

El señor NOEMI (Vicepresidente).—Solicito el asentimiento de la Sala a fin de que el Honorable señor Allende funde el voto durante un tiempo superior al reglamentario.

Acordado.

Tiene la palabra el señor Senador.

El señor ALLENDE.—Agradezco la deferencia de la Corporación.

Fui elegido Senador por primera vez en 1945, y desde ese año hasta ahora he ocupado esta banca. Han pasado por este hemicycle hombres cuyo recuerdo perdurará siempre, representantes de todas las corrientes, de capacidades diversas, gentes que tuvieron pasión por Chile y por su pueblo.

Creo haber cumplido, a veces solo, a veces acompañado por mis camaradas de partido y por los personeros de la Izquierda, una tarea de significación destacada al plantear los problemas de Chile y de su pueblo.

No niego que puse a veces pasión, y no medida, para defender mis principios; pero creo que jamás llegué al altercado o a la injuria personal, cualesquiera que hubieran sido el contrincante ocasional o el adversario permanente con quien me enfrenté.

Hoy, después de estar ausente durante largo tiempo, por razones obvias, he creído un deber ineludible encontrarme presente en esta votación.

He venido por un deber moral, primero, a expresar, en nombre de la Unidad Popular y en el mío propio, nuestra protesta más airada por el delito increíble, tan ajeno a Chile y a su historia, cometido en la mañana de hoy en la persona del Comandante en Jefe del Ejército. Ello constituye un atentado contra nuestro Ejército y contra nuestras Fuerzas Armadas.

He venido a destacar la gravedad increíble que ello entraña; he venido a decir que, lamentablemente, tuvimos razón cuando señalamos que quería crearse un clima deliberadamente artificial después de las elecciones, destinado a interrumpir un proceso que fue diáfano y claro de parte nuestra y de otros sectores, a fin de que la voluntad mayoritaria del país definiera en las urnas el destino que anhelaba seguir.

Comprendo la responsabilidad que entrañan mis palabras, ya que es posible, si no ocurren otros hechos, que ésta sea la última vez que hable en este recinto para cumplir el mandato que el pueblo me entregó dentro de un concepto democrático y sobre la base del respeto al derecho de construir, dentro de nuestras convicciones, un nuevo derecho, una nueva convivencia social, una nueva moral.

He venido por estimar importante dar mi voto favorable a estas reformas constitucionales, que entrañan una demostración de ética política, sin doblez; que significan que en un momento determinado, adversarios estiman conveniente coincidir en ideas y principios que son fundamentales en los pueblos para evitar que el des-

vario de algunos y la irresponsabilidad de otros, pretendan aprovechar de esta etapa tan inquietante y dolorosa que vivió el país.

Declaro: con el Presidente de la Democracia Cristiana y con los integrantes de la comisión política de esa colectividad no tuvimos otra preocupación que buscar el camino que aquí está consagrado. Quisimos que así fuera para demostrar que Chile puede y debe encontrar su propia ruta sobre la base de su idiosincrasia, su tradición y su historia.

Con el Senador Benjamín Prado, adversario muchas veces en este recinto —creo poder decirlo en su nombre— hicimos nuestros planteamientos con la claridad y la honradez necesarias. En efecto, el país conoció la posición de la Democracia Cristiana y la respuesta que yo di en nombre de la Unidad Popular.

Creo conveniente señalar y reafirmar que este hecho es público, que nada hicimos que tuviera sentido o contenido de cábala o de compromiso, como tampoco lo tuvo jamás el acuerdo; que implicó una actitud honesta y de respeto a la voluntad mayoritaria, entre Radomiro Tomic y el Senador que habla. Desde aquí rindo homenaje al adversario de ayer por su actitud correcta y por su sentido superior de la acción política.

He venido a este recinto a señalar, con mi voto favorable, la decisión del pueblo que, siendo Gobierno, hará más amplia, profunda y honda la democracia en nuestro país.

He venido a decir que estas disposiciones deben entenderse, no sólo como principios consagrados en la Carta Fundamental, sino como la regla moral de un compromiso ante nuestra propia conciencia y ante la historia.

He venido a reafirmar nuestra posición, porque tengo casi la certeza —digo "casi la certeza", porque las horas que se han vivido, los planes siniestros puestos en marcha y la determinación fatídica de grupos fanáticos todavía no ha terminado

y puede expresarse en consecuencias mucho más profundas para nuestra vida democrática— de que el Congreso Nacional, sobre todo después del pronunciamiento de la Democracia Cristiana, consagrará la voluntad mayoritaria de las masas expresada en el evento electoral del 4 de septiembre. Por lo tanto, seré Presidente de Chile, honrosa distinción, superior a las fuerzas de un hombre cuya única capacidad es la de haber sido siempre leal a sus ideas, a sus principios, a su partido, a la Unidad Popular, al pueblo chileno y, fundamentalmente, de haberse guiado por un sentido patriótico profundo, que mercenarios se atrevieron hasta a negar, que ha colocado cada acto de su vida, como una norma invariable de su existencia, al servicio de la patria.

Quiero destacar que nadie puede imaginar que el movimiento popular, que hemos logrado aglutinar en nuestro país, con la proyección y contenido que lo anima, pueda desviarse hacia venganzas de tipo pequeño, a prostituir la victoria del pueblo y a permitir un revanchismo que no puede caber en la generosidad del pueblo.

Sabemos perfectamente bien la gran tarea histórica que debemos realizar. No es fácil transformar la vida de un pueblo. Y al decir esto, no reniego del pasado de Chile. Sé que en cada época y en cada trozo de nuestra historia hubo hombres que no tuvieron el pensamiento nuestro, pero que también hicieron mucho por fortalecer los vínculos que dieron forma y continuidad a nuestra nación. No soy de aquellos que creen que el mundo comienza cuando ellos van a actuar. La historia de Chile tiene etapas demasiado significativas, en las que actuaron otros hombres, que constituyen una herencia que pesará en nuestra actitud. Pero vivimos la época inquietante de un mundo que cruje, donde el hombre hecho pueblo y el pueblo hecho hombre quieren estar presentes, no sólo en el derecho a vivir, en el derecho cotidiano al trabajo, a la educación, a comer, al descanso o la recreación, sino tam-

bién en la grande y noble dimensión histórica de construir con su esfuerzo, de poner los ladrillos del gran edificio que no se improvisa: de una nueva sociedad, sobre la base, también, de la moral de un hombre nuevo.

Por ello he querido estar presente esta tarde; porque, para mí, los principios que se consagran en esta reforma constitucional tienen validez y contenido e implican y señalan de qué manera entendemos nosotros el futuro de Chile en los nuevos cauces que van a contener las grandes y justas aspiraciones colectivas que no podremos defraudar.

Por eso he estimado conveniente, como siempre lo hice, improvisar frente a ustedes, pero con la sinceridad que abona una vida que aquí, en este sitio, tiene veinticinco años de permanente y cotidiana expresión de un ansia y de una meta: que Chile sea lo que debe ser y que el pueblo obtenga los derechos que legítimamente le pertenecen.

Como Presidente de Chile sé perfectamente bien qué compromisos he contraído ante el pueblo y ante mi conciencia; pero sé que, más allá de lo que puede un hombre, aunque tenga el poder, y más allá de los partidos o fuerzas sociales que forman la base política de su acción de gobernante, está el pueblo; el que ha conquistado los derechos, el que ha luchado y se ha abierto camino, desbrozando la maraña de los intereses bastardos, para asomarse por su propio sacrificio a un pedazo de justicia que era tan necesario.

Es el pueblo de Chile; es su madurez, su conciencia, su nivel político, la suprema garantía. Y yo, que tanto he aprendido del pueblo, seguiré su ejemplo como Presidente de la Patria.

Gracias, señores Senadores.

Voto que sí.

El señor FIGUEROA (Secretario). — *Resultado de la votación: 41 votos por la afirmativa y 3 abstenciones.*

El señor NOEMI (Vicepresidente). — Aprobado en general el proyecto.